

# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 317

MADRID 5 DE ENERO DE 1844.

SEGUNDA SERIE.



### LA VENGANZA DE LOS FINADOS.

(Conclusion.)

La conversa se inclinó dando muestras de profundo respeto, y guió al religioso en silencio. Le hizo atravesar salas, claustros, y le introdujo en un jardín que no era el de la comunidad, sino uno particular al que se le daba el nombre de jardín de la Abadesa. Era un antiguo patio que habían transformado en jardín: por los cuatro lados lo cerraba un antiguo claustro con columnas de mármol blanco. Este claustro horadado por muchos puntos hasta el extremo de crecer allí la yerba. Las calles del jardín eran de menuda arena: los cuadros de flores y de arbustos estaban distribuidos con suma elegancia; dentro de aquel recinto se sentía la calma y el sosiego del claustro, esa melancolía vaga y dulce, inseparable de los gozos solitarios, y cuyo encanto una vez conocido se echa de menos en medio del bullicio del mundo. Parecía que el viento reprimía allí su soplo temeroso de ajar alguna cosa que alterase la maravillosa simetría de aquella morada. El único rumor que allí se percibía era el producido por un surtidor de agua que brotaba de una taza de jaspe colocada en el centro del jardín. En torno de aquella taza se veían tiestos de naranjos en flor, á cuya sombra vió el padre Cristóforo á la enferma sentada, inmóvil y cubierta con un velo tal como su guía se la había pintado.

Se sentó en una silla junto á ella, y habiéndoles dejado solos la otra monja, empezó la hermana Leonora su confesion sin alzarse el velo que caía lo suficiente para cubrirla los brazos y las manos.

Luego que el padre Cristóforo la echó la absolucion, dirigió esta pregunta á la penitente.

— ¿Es posible, hermana mia, que os encontréis en tan mal estado como dicen?

— Padre mio, respondió ella, los médicos aseguran que no pasaré de esta noche, y yo lo conozco así mucho mejor que ellos.

— ¿Y os halláis dispuesta á consumir sin pesadumbre ese sacrificio?

— Sin pesadumbre ninguna.

— Os felicito, hija mia, por tan felice disposi-

cion: la muerte no es con efecto cruel sino para los que sobrevivan al que la padece.

— A nadie dejó en el mundo que me lloré.

— ¿Qué sois sola! ¿No tenéis familia ni amigos?

— A nadie: soy indiferente y desconocida para toda la tierra.

— Con todo, hermana mia, me parece que no es esta la primera vez que oigo vuestro acento.

— ¿De veras creéis reconocerle? preguntó la moribunda algo conmovida.

— Si; pero por mas que recurro á mi memoria no puedo recordar en que tiempo ni en que ocasion ha vibrado vuestra voz en mi oido.

— Os engañais sin duda.

— No, no... estoy seguro de que no me engaño. Con vuestro auxilio acaso conseguiré fijar este recuerdo confuso.

Sin decir nada la enferma sacó lentamente del velo su mano derecha y la colocó sobre sus rodillas, aquella mano estaba cubierta con un guante negro.

— ¡Oh cielos! exclamó el monge. Vos sois sin duda Raquel ó Amina.

— Fui Raquel, don Cristóbal; mas luego pedí y recibí en el bautismo el nombre de Leonor, porque este nombre os era querido. Hoy me llamo la hermana Santa Leonora.

— ¡Raquel! ¡Leonor! ¡Oh, Dios mio! Dejadme que observe otra vez esas facciones.

Entonces ella contuvo el brazo que ya tocaba á su velo.

— No volveréis á verlas mas; ya están marchitas. Mi antigua belleza no existe ya ni en vuestra memoria; no la desterramos tambien de su último asilo. Habiéis reconocido mi voz y no reconoceríais mi rostro; lo ha invadido la lepra, don Cristóbal; soy una leprosa! Retroceded un poco de miedo de respirar el aire que respiro; porque mi aliento emponzoña y causa la muerte.

— ¡Infortunada! ¿Con qué la sentencia del cielo que pesaba sobre vuestra familia tambien os ha alcanzado! ¿Mas por qué milagro os encontráis aqui cristiana y religiosa? ¿Cómo salisteis de aquel subterráneo donde tuve la desdicha de heriros con mi daga? ¿Qué se hicieron vuestro padre, vuestro tio y vuestra hermana?

— Satisficieron la justicia de los hombres: espero que Dios habrá aceptado su suplicio en espacion

de sus crímenes. Los alguaciles que enviaron los tribunales á registrar mi casa en virtud de la denuncia del molinero, tambien se apoderaron de mí; pero los jueces declararon mi inocencia y me pusieron en libertad. ¿Qué hubiera yo hecho ya en España desde entonces? vine á Italia; abjuré de mi secta en manos del arzobispo de Urbino, y él es quien me hizo entrar en este convento, donde he vivido con la esperanza de reunirme un dia á vos en la vida futura; porque yo os amaba don Cristóbal. ¿Y á que ocultarlo si es mi amor símbolo de la pureza? Todavía os amo y muero amándoos.

— ¡Funesto amor! él ha labrado todas vuestras desdichas.

— ¿Qué decis don Cristóbal? Ese amor fué el que me indujo un dia á libertaros; ese amor salvó mi vida, la de Leonor y la vuestra: ese amor me ha inclinado á convertirme al cristianismo; ¡Y aun le llamais funesto amor! Al contrario; amor venturoso! Bien lo veis, ese amor es el que me brinda todavía un consuelo al borde del sepulcro. Pero ya hemos hablado bastante de mí, habládmehora de los sucesos de vuestra vida: referidme vuestra historia, y la de aquella encantadora Leonor, cuyo nombre he tomado, no pudiendo adquirir la felicidad que ella tenia de agradaros y de unir su suerte á la vuestra.

Don Cristóbal hizo la relacion penosa de sus vicisitudes, durante la cual le pareció oír sollozar á la pobre Raquel debajo de su velo.

Luego que don Cristóbal hubo terminado, dijo la monja.

— Habiéis sido amado con ternura por dos mugeres, y el cielo os permitió columbrar la felicidad con aquella á quien preferíais. No os querelleis: persuadios de que hay destinos mas implacables que el vuestro. Por lo que á mi toca, mi corazón rebosa de gratitud por los instantes de gozo que se ha dignado concederme el cielo antes de abandonar la tierra: nunca esperé tamaña ventura.

— Oidme, Leonor, pues desde ahora no quiero daros otro nombre: este momento puede prolongarse mas allá de esta entrevista: despues de tantas desdichas acaso le place al cielo otorgarnos la dulzura de llorarlos juntos: vuestra enfermedad no es incurable, ó si lo es podrá dilatarse la catástrofe que debe terminarla; ni vuestros vínculos, ni los míos son indisolubles. Voy á arrojarme á los pies del San-

to padre y á pedirle la dispensacion de nuestros votos. Todavía debo tener en España amigos poderosos; les instaré á que intervengan en este asunto. Vendreis conmigo: seré vuestro hermano y vos seréis mi hermana: os prodigaré mil cuidados, acaso se consiga vuestra salud....

Al llegar á este punto le interrumpió á don Cristóbal el tañido de una campanilla: volvió el rostro y vió á un sacerdote vestido de sobrepelliz con una cajita de plata en las manos. Iba precedido de dos acólitos, uno tocaba la campanilla por intervalos iguales, y otro llevaba en su mano una linterna encendida.

— Adios, dijo la hermana Sta. Leonora, adios D. Cristóbal dadme la mano, no hay en ello ningun peligro.

— Don Cristóbal, estrechó llorando aquella mano y se esforzaba por llevarla á sus labios; pero la enferma la retiró súbito por un movimiento de espanto.

— Gracias, amigo mio, gracias, dijo ella; ya soy venturosa y pienso serlo mas todavía muy en breve.

Habiéndose, acercado allí la hermana conversa con dos hombres de los cuales uno era el jardinero que habia conducido á don Cristóbal, levantaron con precaucion la poltrona de la enferma, y se dirigieron hácia el claustro donde aguardaba el sacerdote. Baquel al ser trasladada del jardin al claustro se volvió y dijo: «Rogad á Dios por mí.» Palabras que oyó don Cristóbal puesto de hinojos en el sitio que habia ocupado la moribunda. Permaneció así por espacio de algunos minutos abismado en su dolor, y cuando volvió en sí y pudo mirar en torno suyo, ya todo habia desaparecido.

El padre Cristóforo se levantó, y con la capucha hasta los ojos, cruzó de nuevo el convento de Santa Clara y tomó solo la vuelta de la Camaldula.

FIN.



## REVISTA DE TEATROS.

En el próximo año cómico parece que no quedarán en el teatro del Circo, de los cantantes con que en la actualidad cuenta, mas que la señorita Garibol: los demas tenemos entendido que recorrerán las provincias formando parte de las compañías que para este fin tiene contratadas la empresa de este teatro. Sevilla tendrá la fortuna de contar en su compañía de ópera al célebre cantante Salvatori.

Tenemos entendido que se encuentra muy adelantado el proyecto de una publicacion de folletos satíricos, por el estilo de los del *Pobrecito Hablador* del malogrado Larra. Su redaccion está encomendada á un escritor, cuya pluma se ha ejercitado con frecuencia en un género tan ameno como difícil, y cuya ilustracion hace esperar favorables resultados. Desde luego nos parece que su mision se llenará cumplidamente, puesto que no siendo ageno á la política, podrá emplear la critica, ora severa, ora festiva, pero siempre fina y decorosa en todos aquellos asuntos dignos de llamar la pública atencion.

Tenemos á la vista el prospecto del *Boletín semanal enciclopédico Riojano, de anuncios*. Este periódico semanal será esclusivamente literario, sin tener roce alguno con la política.

También saldrá á luz á principios del actual mes la *Revista católica*. Esta publicacion parece tendrá por objeto el difundir los ramos del humano saber, censurando los abusos que en nuestra literatura y costumbres se hayan introducido.

Con el mayor gusto copiamos de la *Gaceta* el siguiente discurso leído en 28 de diciembre de 1843 por el Exmo. Sr. don Antonio Alcalá Galiano, al tomar asiento en la real academia española como académico honorario de la misma:

### DISCURSO.

«Al verme en este recinto pisado por tantos buenos y aun insignes escritores cuantos ha contado España desde la creacion de esta real academia, dos afectos diferentes vienen á embargar mi ánimo y á poseerle todo. Es el primero un vivo agradecimiento considerando que he conseguido la honra de ser académico de la real academia de la lengua, distincion codiciada por mí durante largos años, aunque no llegase miso á convertir en pretension el deseo; distincion que al cabo he pretendido cuando la edad y la aficion al cultivo de la hermosa lengua castellana, mas que mis aciertos como autor, me han dado aliento para solicitar lo que no he llegado á mercer, y distincion que la bondad é indulgencia de este cuerpo respetable han llegado á concederme, como queriendo recompensar en mí el buen celo, aun no siendo este favorecido por la fortuna. Es el segundo el natural encogimiento al hallarme colocado entre tantos varones mis superiores en mérito, así como en celebridad, ocurriéndome en la estrañeza que me causa mi situacion en este instante, que bien puedo decir de mí lo que de sí dijo aquel dux de Génova cuando llamado á Versalles á humillarse y consiguó á su república ante la magestad de Luis XIV, y preguntado cual cosa admiraba mas en la suntuosa corte del monarca francés, respondió que su mayor asombro era verse él en aquel sitio.

El haber nombrado á Luis XIV de Francia, desvando mi imaginacion de mi propia persona y de mi situacion presente, me lleva á asunto harto diverso, como lo es el recuerdo de la célebre academia francesa, de la cual es en cierto modo hermana menor esta nuestra academia española. Porque si bien el monarca honrado con el título de grande, de quien acabo de hacer mencion, no fué creador de aquella academia, fundada por Luis XIII, ó digamos por su ministro el afamado cardenal de Richelieu, todavía favoreció con tanto empeño al cuerpo creado por su padre y le dió tal decoro y lustre, que celebrar la memoria de tan insigne rey, protector de las letras y artes, vino á ser obligacion de todos los académicos.

Establecida en el solio de España la régia estirpe de los Borbones, el rey Felipe V quiso hacer en la tierra que pasaba á serlo suya lo que en su nativa Francia habian hecho sus ilustres progenitores. De ahí vino, entre otros nacimientos de cuerpos literarios, el de esta nuestra academia. ¿Y por qué no ha de ser en ella costumbre elogiar á los reyes bajo cuyo patrocinio salió á luz y ha vivido con gloria? No creo, pues, que disuene en este lugar, y ahora hacer un recuerdo sentido de alabanza y gratitud de los monarcas de esta real familia, la cual plegue á Dios que continúe rigiendo por dilatadas edades á nuestra patria por ella regenerada en la época de su mayor abatimiento, y puesta en el camino de la ilustracion y de la pública ventura!

De la ilustracion, sí; y aquí es fuerza, y asimismo viene bien confesar que á la de España ha contribuido este cuerpo en grado considerable. Digase enhorabuena que las academias no han cumplido con todo cuanto de ellas se prometieron esperanzas demasiado halagüeñas, para llegar á ser completamente logradas. Al cabo estos cuerpos han hecho cuanto les era posible hacer; lo cual si no es mucho, no deja de ser algo; si no es brillante, es provechoso; si de pronto no se nota, se llega á conocer cuando en ello se medita. Han mantenido y mantienen las buenas tradiciones literarias, y en literatura, así como en otras materias, es muy subido el valor de las tradiciones. Han atendido y atienden á sus lenguas patrias, de cuya pureza son custodios y defensores, y si no han conseguido libertarlas enteramente de corrupcion, á lo menos un tanto han servido para atajar los progresos de la que las está consumiendo y destruyendo.

Son, por otra parte, á manera de un puerto adonde miran los literatos, como á un lugar de seguro y

cómodo abrigo al llegar la terminacion de su fatigoso viaje, y como un distintivo honroso, con el cual quedan galardonados por servicios hechos en una larga carrera. En la literaria, así como en las demas, conviene que haya escalones, y que en el superior se descubra un lugar donde parezca como que se disfruta de un descanso acompañado de dignidad y gloria, lugar cuya posesion ansiada estimule y aliente á quienes entre afanes á él laboriosamente se encaminan.

Considerada la academia como una semejante situacion gloriosa, veamos por cuales sendas á ella podrá arribarse.

Son estas varias, pero no muy numerosas, no estando dividido en muchos ramales el camino de la literatura. Por la senda de la poesia mas que por otra alguna han llegado á esta academia los mas entre los individuos que hoy la componen y ennoblecen, aunque no falten quienes por otras vias hayan venido á ocupar un honroso asiento en este recinto, como críticos eruditos á la par que buenos hablistas.

Pero hablando en esta materia, ocurre una duda, y debe ocurrir mas que á otro á aquel, que si bien con lento y no firme paso, y quedándose muy atrás en su jornada, se ha dedicado con particularidad á hollar un sendero casi recién abierto en nuestra tierra, que tiene mas de político que de literario, aunque un tanto pueda tener de lo segundo. La duda á que me refiero es, si por el ejercicio de la palabra en los cuerpos deliberantes puede ganarse con legitimo título un puesto en la real academia española.

(Concluirá.)



## TEATROS.

### Cruz.

A las siete de la noche. 1.º Sinfonía. 2.º Introducción de la ópera LOS CONTRABANDISTAS, por los señores Salas, Ojeda y coristas. 3.º La aplaudida pieza en un acto, titulado: LA MADRE Y EL NIÑO SIGUEN BIEN. 4.º Aria por el señor Ojeda. 5.º Introducción y aria por el señor Salas y coristas de la ópera CHIARA DI ROSEMBERG. 6.º Baile nacional. 7.º LOS FESTEJOS DE ALHAURIN, escena popular, cantada por los señores Salas, Ojeda y coristas de ambos sexos. 8.º Otro baile nacional. 9.º La muy aplaudida escena, música del Sr. Basili, titulada: LA PENDENCIA.

### Príncipe.

Funcion extraordinaria, á las siete de la noche, á beneficio de la actriz doña Carmen Coacuera. La comedia nueva, en tres actos, traducida del francés, titulada: CONSPIRAR POR NO REINAR. Baile húngaro, compuesto y dirigido por don Angel Estrella. Terminará el espectáculo con el acreditado sainete, titulado: Los Tres Huepelas Burlados.

### Circo.

A las siete y media de la noche. EL LAGO DE LAS HADAS, gran baile fantástico en dos actos.

IMPRENTA DE BOIX.